

Dominique Saillard es una joven mujer con una larga experiencia de trabajo en el movimiento por la paz. Ha colaborado en la Internacional de Resistentes a la Guerra y actualmente trabaja en UNESCO Etxea, con sede en Bilbao, desde donde organizó unas jornadas sobre «Mujeres y Construcción de la Paz» a finales de 2000. En el verano de 2001 estuvo con otras mujeres en Colombia participando en la Marcha Internacional de Mujeres contra la Guerra. De esta experiencia y de sus reflexiones de mujer pacifista nos habla en esta entrevista. Ella quiere que no olvidemos que las mujeres de la Organización Femenina Popular, en Barrancabermeja, siguen recibiendo amenazas de muerte y necesitan más que nunca el apoyo y la solidaridad internacional. Las personas dispuestas a responder a las alertas y a mandar cartas de protesta pueden ponerse en contacto con la red de Mujeres de Negro, a la dirección de correo electrónico siguiente: roal@nodo50.org.

Este verano tú y otras mujeres del País Vasco habéis participado en la «Movilización Internacional de Mujeres contra la Guerra» que tuvo lugar en la ciudad colombiana de Barrancabermeja. Hablanos de quiénes organizaban esta movilización y de cuál era su finalidad.

La «Movilización Internacional de Mujeres contra la Guerra» tuvo lugar del 14 al 17 de agosto de 2001. Fue el fruto de la colaboración entre la Organización Femenina Popular, con sede en Barrancabermeja, y la Ruta Pacífica de las Mujeres, un movimiento político y feminista que lucha por una solución negociada al conflicto armado en Colombia. La Ruta reúne desde hace unos cinco años a varias organizaciones de mujeres de todo el país que se movilizan regularmente para expresar su rechazo a la guerra y llevar a cabo acciones de sensibilización y movilización sobre las situaciones de violencia que viven las mujeres en las zonas de conflicto armado. También buscan participar activamente en la construcción de las alternativas de paz e incidir en las políticas de desarrollo social, en especial, las que implican a las mujeres.

La Organización Femenina Popular, por su parte, tiene una más larga historia. Se creó en 1972 en la ciudad de Barrancabermeja, en el centro del país, a iniciativa de una porción de la Iglesia católica, inspirada en la teología de la liberación. Inicialmente entonces, fue una Organización de Mujeres, ideada por hombres (sacerdotes). A partir de 1988, la OFP inició un proceso de autonomía y se desprendió de la tutela de la Iglesia. En 1990 fundó una Cooperativa de Mujeres, COOPFEMUJER. En los últimos 20 años, la OFP ha venido desarrollando varias áreas de trabajo con las mujeres y sus familias en temas de salud integral, derechos humanos de las mujeres, economía solidaria, formación y capacitación, educación y recuperación de la cultura, apoyo a familias desplazadas. En 1996, lanzaron el proyecto de Cadena de mujeres contra la guerra y por la paz y empezaron a articular su propuesta política

de paz para Colombia.

La Ruta y la OFP organizaron una primera movilización de mujeres contra la guerra en el 2000, pero la iniciativa se amplió en el 2001, con la participación de unas 3.000 personas en total, y entre ellas unas 70 extranjeras, provenientes de 15 países diferentes, que en cierto modo simbolizaban el «ojo» de la comunidad internacional sobre Barrancabermeja: se trataba no sólo de consolidar la red de solidaridad internacional, sino también, con nuestra presencia —y 70 guiris se notan mucho en una ciudad como Barranca!—, advertir a los paramilitares que cualquier acción en contra de la OFP tendría repercusiones muy nefastas para su imagen a nivel internacional.

La «Movilización Internacional de Mujeres contra la Guerra» tenía esencialmente dos objetivos: por una parte, fortalecer la resistencia de las mujeres y las comunidades frente a los actores armados a través de la solidaridad con otras organizaciones y mujeres del mundo. Por otra parte, recuperar espacios públicos y adoptar una posición pública y civilista de rechazo frente a la guerra. Ésta tiene especial relevancia en la situación particular de Barrancabermeja, ya que la estrategia de los paramilitares se basa precisamente en el control de la actividad social y política, y en la reducción o eliminación de espacios públicos, a través de la intimidación, de la imposición de nuevas reglas y de las violaciones de derechos humanos —torturas, asesinatos, desapariciones, etc.

Los tres días del encuentro significaron un desafío permanente a estos grupos armados, y a las autoridades que les amparan. Por primera vez en varios años, se llevó a cabo una movilización social masiva en la ciudad: 3.000 mujeres y hombres bloquearon cruces de carretera estratégicos en varias ocasiones; se hicieron actos de «exorcismo contra el miedo»; se habló públicamente contra la guerra —las mujeres de la OFP nos contaban que aquí todo el mundo hablaba a favor de la «paz», incluso los paramilitares, pero que nadie se atrevía a hablar contra la guerra, contra los grupos armados—; se celebró una eucaristía en memoria de las personas desaparecidas, un acto emotivo y peligroso en las condiciones actuales; se organizó un gran concierto público en el «Parque de la vida», un antiguo cementerio que la OFP reivindica simbólicamente como nuevo espacio social para la ciudad; y, quizás el desafío más grande de todos, se recuperó la noche como espacio de fiesta y protesta, en los barrios populares más controlados por los paramilitares, donde imponen estrictos toques de queda.

Uno de los lemas de las mujeres colombianas que convocaron la Movilización Internacional dice «Es mejor ser con miedo que dejar de ser con miedo», otro dice «Ojo con la vida. Hagámosle el amor al miedo» y también durante el encuentro se hizo un «Exorcismo contra el miedo»..Es decir que ellas plantean como algo central reconocer el miedo, aprender a convivir con él, afrontarlo a partir de saber que se tiene. De qué maneras trabajan el afrontamiento del miedo para fortalecerse y seguir «siendo» como ellas dicen.

Instilar el miedo en toda la población es probablemente la herramienta principal de sometimiento utilizada por los paramilitares en Barrancabermeja y otras partes del país. Siembran el miedo a través de sus acciones. Cada día los periódicos de la región relatan casos de desapariciones o hablan de cuerpos que fueron encontrados mutilados, muchas veces descuartizados con moto-sierra, ya que es un método de asesinato característico de los paramilitares, escogido precisamente por el terror que levanta entre los posibles objetivos —o sea, la población entera. Y también siembran el miedo a través de sus amenazas y del control férreo que ejercen sobre la vida privada de la gente, imponiendo sus reglas hasta en la ropa y los horarios de cada uno: llevar minifalda, el pelo largo (para hombres) o quedar fuera de casa después de cierta hora es castigado por los paramilitares, a veces hasta con la muerte.

Las mujeres de la OFP conocen bien este miedo. Hace ya más de siete años que sus activistas más visibles necesitan del acompañamiento de voluntarios de las Brigadas Internacionales de Paz. La presión se ha ido incrementando y, desgraciadamente, se ha agudizado desde la celebración del Encuentro Internacional en agosto, un riesgo que ellas conocían y estaban dispuestas a asumir, aunque no a aceptar. Las amenazas no van dirigidas sólo a ellas, sino también a familiares suyos, incluso a sus hijas, y se enteraron recientemente de los planes elaborados para asesinar a Yolanda Becerra, la cabeza más visible de la OFP. Algunas personas llegaron incluso a llamar a la oficina de la OFP para enterarse de la hora de su funeral.

Es para combatir este miedo, que han decidido lanzar una campaña pública, que se llama «Ojo con la vida: hagámosle el amor al miedo». Es importante reconocer este miedo, un sentimiento natural de todo ser humano, e identificarlo para poder empezar a romperlo. Dicen que si estás sola, el miedo te aísla y te paraliza. En cambio, si pones tu miedo en común con muchas otras personas, se transforma en una fuerza positiva. Explican que, paradójicamente, el miedo les protege y les impulsa a la acción para cambiar las situaciones que viven. Que el miedo les enseña a cuidarse y a proteger a los demás, también a reaccionar y actuar ante lo que parece inamovible. Que sentir miedo y reconocerlo con los demás permite unirse y tejer barreras contra la impotencia.

Este miedo también les ha enseñado que no hay que arriesgarse en vano: hay momentos para desafiar y hay momentos en los cuales es mejor esconderse. Por ejemplo, después del Encuentro en agosto, varias de las dirigentes de la OFP «desaparecieron» durante una semana, para dar tiempo a que las cosas se calmaran un poco. Y son muy conscientes de su propia fragilidad, lo que quizás las hace más fuertes. Una de ellas me comentaba un día que, por ahora, se sienten incapaces de participar en talleres de tratamiento del miedo o del dolor, porque mirar cada una hacia dentro íes supone demasiado esfuerzo en la situación actual de emergencia y temen derrumbarse psicológicamente. Su fuerza la buscan en la acción colectiva, pero saben que un día, tendrán que parar para hacer —en común— un trabajo personal sobre sus miedos, sus dolores. Quizás sea esa la etapa más dura que tengan que superar entonces.

Mientras tanto, siguen con su campaña contra el miedo y la complementan con llamadas a la solidaridad internacional, porque saben que en muchos casos esta solidaridad les ha dado protección. A parte de la acción continúa de l@s voluntari@s de Brigadas Internacionales de Paz que mencionaba antes, han venido tejiendo una red importante de denuncia que se pone en acción cuando recibimos alertas sobre nuevas amenazas o hechos contra la OFP. En algún caso, ¡la policía o el ejército de Barrancabermeja recibieron faxes de protesta desde el extranjero, antes de que la propia OFP pusiera la denuncia en sus oficinas! Así, tanto las fuerzas del Estado, como los paramilitares, saben que se exponen a mucha presión y reprobación internacional si pasa cualquier cosa a las mujeres de la OFP. Ellas dicen que la solidaridad es la ternura de los pueblos. El reto es conseguir alimentar esta solidaridad aún cuando nos encontremos a miles de kilómetros de Colombia, enfrascad@s en nuestros trabajos y nuestras vidas.

En el encuentro internacional se pusieron en común diferentes experiencias de resistencia de las mujeres frente a la guerra en sus países. ¿Nos puedes contar qué grupos asistieron? ¿qué elementos comunes se pueden encontrar en estas experiencias de mujeres?

A parte de unas mujeres de Guatemala, Perú y Ecuador, la mayoría de l@s extranjeros vinieron de Europa y América del Norte, porque una de nuestras principales funciones era, en cierto modo, simbolizar la vigilancia de la comunidad internacional y contribuir así a la seguridad del encuentro. Y sabemos que este tipo de grupos armados tiene normalmente más preocupación por cuidar su imagen hacia países del Norte, que hacia otros países del Sur. Entonces se trataba de aprovechar esta situación y erigirnos en «representantes» de nuestros

diversos países.

De hecho la OFP nos pidió llevar banderas de nuestros países para algunas de las manifestaciones en Barran-cabermeja, lo que nos creó sentimientos bastante incómodos. Por una parte, como buenas mujeres pacifistas y feministas, recelosas de las acciones de nuestros estados militaristas, no nos apetecía nada llevar ninguna bandera. Por otra parte, nuestra «delegación vasca» iba compuesta de ¡una vasca con pasaporte español, una francesa con pasaporte francés, una colombiana con pasaporte inglés y una uruguaya con pasaporte alemán! En cuanto a la Ikurriña, quedaba descartada, porque unos días antes, un periódico reaccionario español había —falsamente— acusado a integrantes vascos de una caravana humanitaria de formar parte del entorno de ETA, una acusación inmediatamente explotada por los paramilitares colombianos. Así que no se trataba de añadir leña al fuego... En fin, sólo decirte que, por mi parte, decidí confeccionar una bandera tricolor, ¡probablemente la más pequeña jamás exhibida en una manifestación! Pero, allí, no se trataba de hacer lo que más nos apetecía, sino de hacer lo que más útil podía resultar para la seguridad de la OFP y simbolizar una especie de ONU pacifista.

Hubo intercambio de experiencias, en particular durante las sesiones plenarias y los talleres que se organizaron el segundo día, y en discusiones informales. Sería difícil resumir estas aportaciones, pero ciertamente hay elementos comunes que se pueden destacar (sin pretensión a la exhaustividad, por supuesto).

Primero, en cuanto al impacto de los conflictos armados sobre las mujeres: hay una instrumentalización y un control muy fuerte sobre sus vidas (a través del miedo y del aislamiento). En particular, se las utiliza como objetivo de guerra (eliminación directa) y como instrumento de intimidación del enemigo y de venganza (a través de torturas y violaciones, por ejemplo). También se ven forzadas a «escoger su campo»: como diría Bush en su «guerra contra el terrorismo», «si no estás conmigo, estás con mi enemigo». Este es un discurso compartido por muchos actores armados: se trata de retirar a la población el derecho a ser civil, a no tomar parte por ninguna de las dos o más partes en conflicto. La OPF reivindica este derecho a la civilidad —no desde una posición de neutralidad ilusoria, sino desde su propio discurso político, pacifista y feminista.

Por otra parte, se denunció la victimización y la invisibilidad de las mujeres: las mujeres no

tienen más protagonismo en los conflictos armados que él que les otorga su situación de víctima de la violencia (violadas, torturadas, refugiadas, etc.). Las experiencias de resistencia de muchas mujeres, en cambio, quedan perfectamente invisibles o subrepresentadas (mujeres «traidoras» a la causa) o reducidas a tópicos simplificadores (madres únicamente preocupadas por el futuro de sus hij@s).

En realidad, hay numerosas experiencias de resistencia que protagonizan mujeres a través del mundo para luchar contra los impactos de la violencia que acabo de mencionar y construir una sociedad alternativa. Tendrán muchos elementos en común, y se pueden mencionar algunos. Por un lado, asumen un papel de denuncia hacia sus gobiernos (ver el caso de las Madres y Abuelas de la Plaza de Mayo, de las Mujeres de Negro en Serbia, Israel / Palestina y otros países). Por otra parte, se niegan a colaborar con el esfuerzo de guerra, por ejemplo ayudando a desertores y objetores de conciencia o trabajando contra la industria de armamento. También crean puentes de comunicación para romper el aislamiento dentro de su sociedad y establecer contactos con las mujeres supuestamente «enemigas», las mujeres «del otro lado». Quieren asumir un papel clave en la transformación de los conflictos, a través de su participación en los procesos de paz, rescatando la memoria histórica y buscando justicia por los crímenes del pasado. Buscan consolidar la solidaridad a nivel internacional, pero sin intromisión y exclusivamente a petición de las organizaciones locales. Muchas trabajan en red, porque es una forma efectiva y más horizontal de organizarse. El listado podría ser mucho más largo, pero sólo una parte infinitesimal de estas experiencias llegan al gran público a través de los medios de comunicación de masa. Allí, es donde los medios alternativos —pacifistas- y feministas— más pueden influir, si conseguimos ampliar su difusión y hacernos eco de su información en otros de los muchos ámbitos de vida y de organización que compartimos.

Matilde Vargas contó en la conferencia de Bilbao en mayo de 2001 que las mujeres de la Organización Femenina Popular se habían negado tanto a entregar sus locales a los paramilitares como a que en ellos entraran hombres armados para, supuestamente, protegerlas. Ellas, pues, están defendiendo un espacio que es un símbolo de paz en una ciudad y en una situación en la que los espacios para las gentes desarmadas son cada vez menores. ¿Cuál es la trayectoria y las formas de trabajo de la OFP que le dan esa autoridad para resistir frente a los grupos armados?

No conozco suficientemente la larga historia y la evolución del trabajo de la OFP para darte una respuesta detallada y no me gustaría presentar una imagen en la cual las mujeres de la OFP

no se reconocieran. Más que nada, te puedo comentar un par de cosas que atrajeron mi atención en cuanto a su fuerza de resistencia actual.

La primera, sin duda, es la constancia de su acción. Hace ya 30 años que trabajan con la gente más desfavorecida, primero desde la Iglesia y luego de manera independiente y, a pesar de las intimidaciones, reivindican el carácter político de su trabajo con las mujeres y sus familias. Quizás durante algún tiempo se hayan «beneficiado» de una de las paradojas de las sociedades todavía muy patriarcales y machistas: al denegar a las mujeres cualquier parcela de autoridad, no se las considera tan «peligrosas» como a los hombres y, aunque esté perfectamente tolerado maltratarlas en casa y explotarlas, está mal visto matar a mujeres por razones políticas —algo que va en contra del supuesto papel protector de los hombres y que supone ya una admisión de fracaso: si hay que matarlas, es porque estas mujeres han logrado desafiar los poderes vigentes. Es una situación que he visto mencionar en varios contextos bélicos. Pero, el espacio de acción que se puede explotar desde esta infravaloración de las mujeres sigue siendo minúsculo, y en el caso de la OFP, ya han llegado al triste honor de ser consideradas objetivo directo por los grupos paramilitares. De hecho, la proporción de mujeres asesinadas o desaparecidas está en constante aumento en Colombia.

A pesar de estas condiciones, la OFP pretende «Continuar, continuar, continuar», como reza uno de sus eslóganes. Muchos otros activistas de derechos humanos o sindicalistas han dejado Barrancabermeja bajo las amenazas, y cuesta entender de dónde ellas sacan las fuerzas para quedarse. Hasta que las oyes hablar de su ciudad, de su región, de su tierra. Te cuentan lo duro que les resulta marcharse durante una o varias semanas, para ir al extranjero a reunir más apoyo, por ejemplo. Cada vez, les es más difícil responder a invitaciones desde, fuera, porque ya no quieren viajar, aunque también les pueda venir bien «cambiarse de aire» de vez en cuando y obtener un respiro de la tensión ambiental. Esos sentimientos me impactaron, porque muchas personas, en particular en Occidente, hemos perdido este arraigo tan fuerte a nuestras tierras y quizás con esto hayamos perdido también una parte de nuestra capacidad de resistencia.

Shelley Anderson, de la IFOR, a partir de su experiencia en el Women 's Peacemakers Program, afirma que las mujeres son claves en los procesos de reconciliación por sus capacidades de mediadoras, negociadoras, educadoras, etc. Y que éstas capacidades deben verse como un todo, porque las mujeres lo llevan en sus propias vidas. Algo parecido dice Matilde Vargas cuando señala que «la resistencia de las mujeres frente a la guerra (se debe a) la concepción que las mujeres tenemos ante la vida en general». ¿Se puede decir entonces que la cultura de paz es más de mujeres que de hombres?

Espero que no. No tiene por que ser así, y no debería serlo. En cuanto a la transformación de conflictos, es verdad que quizás por su papel tradicional de cuidadoras, madres y educadoras, las mujeres han llegado a practicar en el ámbito personal y familiar técnicas de escucha y de propuesta que les dan una visión diferente y muy pragmática a la hora de aplicarlas a otros ámbitos, pero no creo que sea principalmente por esta razón que se deberían considerar claves en procesos de paz y de reconciliación. Para mí se trata más bien de una cuestión de justicia, de reparto del poder e incluso de eficacia. Tanto en la búsqueda de la paz, como en la aplicación de programas de desarrollo sostenible o en la formulación de cualquier estrategia o política, no se puede dejar de lado a la mitad de la población a la cual van su-puestamente dirigidos. Sin contar que sería privarse de una fuente importante de ideas y métodos alternativos. Históricamente, las mujeres han tenido que luchar contra una visión dominante que las apartaba del poder. Para hacer-lo, muchas de ellas han desarrollado sus propias alternativas de acción, con constancia, tenacidad, imaginación, flexibilidad..., cualidades que son efectivamente esenciales cuando se quiere avanzar hacia una cultura de la paz.

Me gustaría pensar que una vez alcanzada una verdadera democracia equitativa, la transformación noviolenta de los conflictos y la promoción de una cultura de paz serán mucho más fáciles, pero esto no dependerá simplemente del número de mujeres en puestos de poder político y económico. Como sabemos, muchas de las mujeres que han llegado a lugares de decisión lo han conseguido adaptándose al paradigma dominante y no hacen nada para transformar en profundidad la cultura de la violencia que nos rodea. De un modo similar, la preocupación de las mujeres por proteger la vida que ellas mismas dan, se puede traducir tanto en señales de solidaridad y empatía hacia las mujeres «del otro lado» (que también sufren a causa del conflicto), como en reacciones vengativas y ultraprotectoras, que no contribuyen para nada a establecer un clima de distensión y diálogo.

El problema es que son sobre todo estas voces negativas (de hombres o de mujeres) las que encuentran eco en los medios de comunicación, porque el enfrentamiento y la violencia en todas sus formas son más espectaculares y llamativos a la hora de «vender» la noticia. Uno de los muchos retos que tenemos por delante es conseguir que los y las profesionales de la información den una visión mucho más amplia de la realidad y otorguen más espacio a iniciativas que, por modestas que sean, contribuyen a la búsqueda de soluciones.

Sería también una gran victoria lograr que ciertos valores tradicionalmente identificados como femeninos (por ejemplo el cuidado y el respeto a la vida que mencionábamos antes) pasen a ser asumidos, por hombres y mujeres, como los valores «mayoritarios» de nuestros

sociedades. Esto forma parte de la transformación social que tenemos que impulsar y alimentar para construir un mundo más justo y equitativo, donde la paz no se defina simplemente como el cese de la violencia armada. Y aquí sí que muchas mujeres tienen por ahora un papel específico que jugar —ellas y otros colectivos (mixtos o no) que se sienten limitados en su acción y oprimidos bajo el paradigma actual de la violencia y del monopolio del poder.

Tengo la sensación de que las mujeres del Sur en su trabajo por la paz muestran la cultura de las mujeres como una práctica viva que da salida a la resolución no violenta de los conflictos. En cambio, me pregunto a veces si las mujeres del mundo occidental, del Norte rico, al buscar con tanto ahínco la emancipación por medio de la igualdad con lo masculino, no hemos cortado demasiado los hilos que nos unían a una cultura de amor y cuidado de la vida, la cultura que transmitían las madres...

No sé si éste es un tema tan directamente ligado a diferencias entre Norte y Sur. Tengo la impresión que también en países del Norte, muchas veces, el primer ímpetu para actuar en situaciones de conflicto abierto ha sido el deseo de proteger a los hijos, de reaccionar frente a los abusos que han sufrido, o de intentar garantizarle un mejor futuro. Por lo menos, éstas han sido motivaciones muy importantes para mujeres que han actuado en los Balcanes, en Rusia y Chechenia, en Irlanda del Norte, etc. O podemos recordar los vestidos de niños y los pañales que las mujeres colgaban alrededor de la base militar de Greenham Common, durante las protestas —antimilitaristas, pacifistas y feministas— de los años ochenta en Inglaterra. Ellas también buscaban reivindicar este valor de la vida en su acción.

Quizás la diferencia venga sobre todo de la importancia que tiene este elemento en la estrategia general y de la valoración que se ha hecho de estas motivaciones «maternales», ya que, efectivamente, se suelen ver con bastante recelo desde las corrientes del feminismo de la igualdad, probablemente más arraigado en el Norte.

Pero no sé hasta que punto es realmente útil extenderse sobre las motivaciones de las mujeres a la hora de lanzar iniciativas para la paz. Estas motivaciones serán tan diversas como los contextos políticos y el nivel de emancipación de las sociedades en las cuales surgen. En ciertos casos, las mujeres prefieren no actuar abiertamente desde una perspectiva feminista, que sería percibida como demasiado «amenazadora» por su entorno, o no se consideran ellas mismas como feministas, a pesar de que sus iniciativas y formas de trabajar contengan muchos elementos emancipadores. Actuar desde su papel de madre y cuidadora puede responder tanto a sus sentimientos más profundos, como a la necesidad de utilizar las estrategias que más «autoridad» y respeto les darán frente a los actores armados, por ejemplo. Y todos los actores armados tienen una madre...

Quizás más interesante sea estudiar la evolución y las estrategias de los grupos de mujeres que llevan años en su acción por la paz. Seguramente se encontrarían muchas similitudes entre ellos, ya sean del Norte o del Sur e independientemente de las motivaciones originales de sus miembros. Al final, los éxitos que puedan coleccionar dependerán de los espacios de poder que consigan ganar gracias a la acción colectiva, la creación de alianzas, la solidaridad, el desarrollo de nuevos canales de información-, el trabajo en redes, etc. Las motivaciones se mezclan, evolucionan y se enriquecen en contacto con otras mujeres. Promover una cultura «maternal» no conlleva necesariamente el peligro de prolongar el confinamiento de las mujeres al ámbito privado y puede ser un motor importante de la emancipación y de la búsqueda de la paz. Las mujeres de la OFP lo están demostrando cada día: el bienestar de sus hij@s y sus familias es una de sus preocupaciones principales a la hora de tomar iniciativas por la paz, pero tienen claro que su proyecto es eminentemente político.

Me gustaría conectar tu experiencia en Colombia con el hecho de que vives en el País Vasco. ¿Qué mirada podrían aportar las mujeres al conflicto vasco? ¿Qué tipo de iniciativas para desactivar la violencia?

Ay, las preguntas del millón... No tengo las respuestas, porque creo que ni siquiera hemos hecho todavía un trabajo serio de análisis al respecto.

Por una parte, tenemos a los partidos políticos, las instituciones y los colectivos que trabajan directamente sobre temas relacionados con el conflicto vasco. Hasta muy recientemente, ni se les había ocurrido plantearse el tema de la aportación de las mujeres. Quizás había personas dentro de sus grupos que tenían cierta inquietud al respecto, pero sus voces no llegaban a las agendas de trabajo, ni a los medios de comunicación. No ha habido cambios radicales en este aspecto, pero algunas —pocas— iniciativas recientes de gente proveniente de los movimientos feministas y pacifistas han ayudado a que, en el contexto vasco, se empezara a mencionar la necesidad de dar voz a más mujeres desde dentro y fuera de los centros de decisión.

Voy a dar un ejemplo: a principios de este año, Elkarri organizó una mesa redonda sobre «La aportación de las mujeres a la resolución del conflicto vasco». Txaro Arteaga de Emakunde

mo-deraba la mesa en la cual participaron cinco mujeres representantes de Batasuna, EA, el PNV, IU y el PSEE. Hay que des-tacar todo lo positivo de la iniciativa: 600 personas (típicamente, ¡el 95% de ellas mujeres!) llenaron la sala y repre-sentantes de Batasuna y el PSEE se sen-taron a la misma mesa, algo que no se suele lograr con facilidad en estos mo-mentos (de hecho, el PP rechazó la invitación). Pero me parece que el con-tenido de la reflexión fue bastante decepcionante, quizás, paradójicamen-te, por el sí unánime que aportaron en respuesta a la pregunta sobre sí las mu-geres tenemos un papel específico que jugar en el conflicto vasco, utilizando además argumentos y ejemplos muy parecidos.

Para mí fue indicativo de que esta-mos todavía en una fase de reflexión muy incipiente: confrontadas a una pregunta tan directa, recurrimos a la in-formación que está a nuestro alcance (¡internet hace maravillas!) y basamos nuestras respuestas en ideas generales, muy válidas a nivel teórico y en ciertos contextos, pero sin darnos realmente la molestia de analizarlas en el contexto vasco. Una respuesta tan unánime hue-le a actitudes políticamente correctas. Sí todas estamos tan de acuerdo, ¿cómo es posible que no se haya movido nada todavía? Podríamos pensar que bastaría con que las mujeres nos hiciéramos cargo de todo, para qué se logre una solución duradera a la violencia y al desacuerdo político. Dudo que sea así, y las cinco representantes dieron ellas mismas un ejemplo de «lealtad» a la línea- del partido, cuando respondieron a una primera pregunta, general, sobre los mínimos en torno a los cuales se podría entablar un diálogo. Desgracia-damente, no había tiempo de hacerles otras preguntas quizás más esenciales en este momento: ¿Por qué entonces no han surgido todavía iniciativas organi-zadas de mujeres en torno a la transfor-mación del conflicto? Y ¿qué pueden hacer ellas para ayudar a superar los obstáculos y los miedos que tenemos a la hora de lanzarnos en la acción?

Por otra parte, tenemos en Euskadi colectivos feministas que sí están más familiarizados con las iniciativas de mujeres por la paz en otras partes del mundo y que trabajan por estable-cer una paz «positiva» en su entorno a través de la lucha contra las discrimi-naciones, por la equidad y por la trans-formación social, pero que no parecen animarse a entrarle al «tema» vasco. Probablemente haya también cierta fal-ta de análisis, pero sobre todo mucha aprensión para debatir acerca de posi-bles iniciativas, no sólo con interlocu-tores exteriores, sino también dentro de los propios grupos. Porque muchas ve-ces, estos grupos los componen muje-res que trabajan juntas a pesar de te-ner opiniones políticas diferentes y temen que intentar elaborar una posi-ción común sobre el conflicto les lleve a desacuerdos abiertos que perjudica-rían su acción en otros ámbitos. Este miedo, por supuesto, no se encuentra sólo en grupos de mujeres: desgraciada-mente, está presente entre muchos otros colectivos (ONG, universidades, etc.) y en el ámbito laboral. Sin hablar de las mujeres que sufren el miedo di-recto, personal, de verse ellas o sus fa-miliares amenazad@s físicamente por sus opciones

políticas. Si a muchas mujeres ya nos resulta difícil y poco apetecible lanzarnos a la arena política en condiciones «normales» de convivencia, todavía más duro nos resulta hacerlo cuando todo nos refleja una imagen de la realidad enrarecida por la violencia, la intransigencia, la confrontación y la falta de diálogo.

Entonces nos toca por lo menos hablar de estas dificultades entre nosotras, profundizar nuestro análisis desde el feminismo y el pacifismo (pero no sólo el pacifismo que se entiende como rechazo al terrorismo) y tenemos que aceptar que rara vez nos tocará colaborar con mujeres con las cuales estamos de acuerdo al 100%. Cualquiera de las estrategias comunes que acordemos será imperfecta, pero habría que moverse de alguna manera para evitar la parálisis y la resignación, o el reivindicar un papel específico que después no estamos dispuestas a asumir en la práctica.

Esta inquietud de hacer algo desde las mujeres existe en el País Vasco. Lo demuestra el interés suscitado por algunas iniciativas que ya han tenido lugar, por ejemplo, la mesa redonda de Elkarri, las Jornadas internacionales sobre «Mujeres y Construcción de la Paz» organizadas a finales de 2000 por UNESCO Etxea, o el seminario sobre mujeres y transformación de conflictos, organizado por Plazandreok y Gernika Gogoratuz en diciembre pasado. Hay mujeres que están buscando un sitio desde donde actuar. La dificultad para mí y para muchas otras es salir de nuestros espacios cómodos y arriesgarnos a meternos en todos los pequeños y grandes conflictos que haga falta para conseguir tender puentes y generar propuestas.